

El sueño de Oslo

JUAN CRUZ RUIZ

El sueño de Oslo, de Juan Cruz Ruiz, obtuvo el Premio Azorín de Novela 1987, otorgado por la Diputación de Alicante y dotado con doce mil euros. El jurado estuvo compuesto por Luis Goytisolo, José María Merino, Guillermo Carnero, Enrique Cerdán Tato, José Joaquín Moya, Francisco Zaragoza, Miguel Valor, Francisco Burillo, Patricio Vallé y Miguel Ángel Lozano.

Para Eva, que quería que pasaran cosas.

Let me inside you
into your room
I've heard it's lined
with the things
you don't show

CHRISSE HYNDE, *Hymn to her.*

La terraza que daba al mar nos traía siempre el mismo ruido. Esta casa está llena del ruido del mar, decía Badana cuando abría la puerta y miraba hacia la playa con los ojos secos de dormir tanto. Descalza, casi desnuda, saltaba la verja, traía el pan y sorbía lentamente un café negro y espeso que ella misma preparaba como una autó-mata.

—Eres una autó-mata —le dijo Julio.

—Es la única manera de hacer las cosas aburridas: como si formaran parte de tu cuerpo.

Su cuerpo no era aburrido, precisamente. Cubierto de agua, seco, quieto o en movimiento, era el cuerpo esbelto y sano de una chica de veinte años que hubiera dormido mucho a lo largo de su vida. Por eso se reía, porque había dormido mucho.

Sentada en la terraza, comiendo pan tostado y bebiendo lentamente una taza de café espeso, Badana era la metáfora de la dejadez. Nada parecía ser obligatorio en aquella atmósfera veraniega batida por el ruido del mar, animada por el salitre, inundada de la luz del sur.

Julio había llegado días antes, cargado de fotómetros, trípodes, harto del pasado, cansado de esperar sentado sobre

una máquina de escribir la oportunidad de hacer la mejor foto del año.

—No me sale, disparo y no me sale nada.

—No te preocupes —le dijo Badana—. Eso nos pasa a todos: disparas y no te sale nada.

—Vallejo lo dijo más bonito —afirmé yo—. Dijo que se ponía a escribir y le salía espuma.

Harto del pasado, Julio se había hecho fotógrafo por culpa del mar. Todas sus fotografías elevaban la referencia al mar a metáfora de la soledad, a la explicación del vacío. Siempre había algún rincón de sus fotos en el que un leve atisbo de agua daba a las placas la perspectiva que sólo puede dar el mar al retrato de las cosas quietas. Durante una larga depresión, alquiló este apartamento, lo amuebló de manera que mirara al mar y se dedicó justamente a mirar. Todos sus días estaban dominados por la misma obsesión: mirar al mar. La mirada sobre el océano mientras duraba el sol, la mirada sobre el horizonte por el que se escapa el sol, la mirada sobre el mar de la noche, estrellado, lleno de las banderas de la luna, vacío como un inmenso ataúd sepultado en la larga noche de la nada. Julio miró al mar obsesivamente durante aquellos meses enormes y espesos, meses llenos del viejo sabor del vacío.

—Meses llenos de agua. Nunca te lo he contado detalladamente.

Badana le escuchaba en cuclillas, mirándole a sus ojos grises, de gato asustado que estuviera sentado sobre una máquina de escribir roja a la espera de la foto de su vida. En aquel momento tampoco estaba el paisaje propicio, así que el fotómetro siguió en su sitio y Badana, en cuclillas, le escuchaba mover las manos.

—¿Por qué mueves tanto las manos?

—Porque así mido lo que voy diciendo.

Llenó la casa de cajas de cerveza. Hizo lámparas de latas de cerveza, de botellines de cerveza. Llenó las estanterías de jarras de cerveza, y las cajas de cartón las inundó de libros, de papeles inservibles, de fotografías viejas. Todo lo llenó. No había en aquella casa de mar resquicio para otra cosa que para su cuerpo sobre la cama.

Pero aquel verano nos hizo sitio, a la vuelta de Oslo.

El viaje a Oslo fue un recuerdo. El recuerdo era mío, pero él quiso compartirlo, fotografiarlo, llenarlo de contenido. Hacerlo suyo. Al fin parecía que era suyo el sueño de Oslo. Y yo me olvidé de Oslo, porque Julio estaba poseído por ese recuerdo ajeno que juntó a su piel como la parte del aire que forma parte del hueco de la mano.

—Nunca fuiste a Oslo, y has estado toda la vida en Oslo. No logro entenderlo —le dije.

—Tú no has estado en Oslo. Quien no ha estado en Oslo eres tú. Así que a partir de ahora yo he sido el que ha estado en Oslo.

—Estarás en Oslo del 6x6, en todo caso.

—Nada existe si no está en una imagen —me dijo, y así sepultó mi reproche habitual sobre su manía de mirar la vida en 6x6.

—Nada existe si no es una imagen —me volvió a gritar cuando le hice el mismo reproche, ya de vuelta de Oslo, sentados una noche de insomnio en la terraza de la casa de mar donde nos había acomodado quitando cajas de cerveza, libros y papeles viejos.

—Esta vieja edición de *Rimbaud par lui même* te la compré un día en la terraza de Chamberí —le dije a Badana.

—¿Y por qué la tiene Julio?

—Se la presté en el viaje a Cannes, de Cannes a París, ¿no te acuerdas? Con los uruguayos. Les leímos a los uruguayos *Una temporada en el infierno* mientras estábamos en la playa de Cannes.

En aquel viaje llevamos también un ejemplar viejo de *El ruiseñor y la rosa*, de Oscar Wilde, pero de aquel libro no les leímos nada a los uruguayos. Tampoco sé yo por qué se empeñó ella en que lleváramos una copia desgastada, inútil, del libro de Wilde. Sospecho que quiso recordar una vieja historia que yo le conté sobre la primera excursión de mi vida. Éramos adolescentes, supongo, y yo siempre llevaba libros apropiados para el bolsillo trasero del pantalón vaquero azul. Aquel día llevé la copia desgastada de *El ruiseñor y la rosa* y le di un beso a una chica rubia que caminaba a mis espaldas como si fuera mi sombra. Aquélla fue una historia leve; no pasó nada, no recuerdo que pasara nada, pero a Badana siempre le fascinó saber que aquel libro había sido testigo de mi primer beso, y lo repetía cada vez que le recitaba versos de Neruda o le tarareaba *Ne me quitte pas*, la canción de Brel.

—Siempre que tarareas esa canción te recuerdo viajando con la rubia por el montículo, con el libro de Oscar Wilde en el culo.

—Si tú no estabas, cómo me vas a recordar con el libro de Oscar Wilde en el culo.

—Es una manera de hablar. ¿No sería fascinante recordar como si tuvieras un ordenador en la cabeza, seleccionando de los recuerdos ajenos aquellos que tú hubieras querido compartir?

Esta metáfora de la dejadez que era Badana se manifestaba así; a largos periodos de languidez le seguían otros en los que hablaba como una filósofa de la ciudad, obsesionada por los recuerdos de neón, por la vida del asfalto, por la música y por los demás. No sabía estar sola, y en la pista de baile se la veía siempre multiplicándose debajo de las luces intermitentes como para sentirse multitudinaria.

—No sabes estar sola, te pasa lo que a mí —eso le dije la noche en que la descubrí regresando de Ámsterdam. ¿Era Ámsterdam, fue Roma, venía simplemente en metro de algún barrio de Madrid y a ella me la encontré dormida sobre un sillón, con el pelo mojado? Ella me dijo inmediatamente:

—La soledad es antinatural. Te salen ojeras.

Así que *El ruiseñor y la rosa* también estaba con nosotros en aquella playa de Cannes. Julio tomó el ejemplar, lo hojeó y lo dejó sobre la hamaca.

—Con esta luz no se puede leer. No sé cómo tú eres capaz de leerles Rimbaud a los uruguayos.

—A Rimbaud hay que leerlo a la luz de la nada, no ves que es la puerta de la noche lo que describe.

—¿La puerta de la noche? —preguntó Badana—. ¿Dónde has leído que lo que describe Rimbaud es la puerta de la noche?

—Se me ocurrió que podíamos creer que Rimbaud describe la puerta de la noche.

Julio estaba cansado de hacer noche en Cannes y propuso ir a caminar por la ciudad. No recuerdo nada de aquel paseo. Miento: recuerdo la esquina de una casa y una ventana. Sólo recuerdo la esquina de una casa y una ventana. Del resto sólo sé que me fascinó caminar por aquella are-

na fría, como el escenario de un planeta exótico que desapareciera a la luz del sol.

La noche. Julio estaba fascinado por la noche. Durante horas oía el ruido de las olas como si este sonido mimético fuera el acompañamiento adecuado al color plateado del mar, la absurda monotonía de las olas, siempre las mismas olas regresando al mar, siempre el mismo mar sobre la arena fría.

—Es como si el mar estuviera iluminado por una vela —dijo Julio achicando los ojos mientras Badana recogía sus zapatillas y le quitaba arena al libro de Oscar Wilde.

—Él —él era yo, pero Badana siempre me llamaba él—, siempre repite una frase: me encantaría saber de qué color es la luz de una vela cuando está apagada.

No era mía la frase, pero es verdad que la repetía constantemente. Todo el mundo sabe que la frase es de Lewis Carroll, pero a Badana le gustaba presumir que era mía y la repetía casi con tanta frecuencia como yo.

—Él siempre repite esa frase y ahora resulta que no es suya.

Ella sabía que no era mía, pero le gustaba sentirse herida en pequeños detalles, como ocurre siempre que uno espera heridas mayores. El hombre es un pescador, y nunca se sacia con los peces pequeños. Y la mujer es igual, claro.

La frase era de Lewis Carroll y no era exactamente así, según nos dijo Julio, que la había leído al principio de *Tres tristes tigres*, el libro de Cabrera Infante que él se había leído en una noche de insomnio, en voz alta.

—Fue un día inolvidable. No había dormido en toda la noche, me examinaba de Filosofía, olvidé todo lo que

debía decir y después del examen me leí ese libro de un tirón. Con la boca seca, como deben leerse los libros.

—¿Y qué recuerdas de ese libro? —le preguntó Badana.

—Frasas enteras, una atmósfera. No me di cuenta de que era de noche mientras lo iba leyendo. Era un libro con luz artificial, pero muy potente. Años después me lo encontré en Sevilla, en una peluquería.

—¿El libro en una peluquería? —le pregunté.

—No, el autor. Jamás he visto un libro en una peluquería.

—A mí me pasa eso con *Rayuela* —le dije.

—Que te encuentras a su autor en una peluquería.

—No, qué va. Cortázar se pelaba solo. *Rayuela* era un libro para leer de noche, pero de pie, como quien se levanta a mear y luego vuelve a la cama reconciliado con el mundo.

—Y con su vejiga.

—Y con su vejiga. Y una vez resuelto ese trámite el libro se echa contigo en la cama, y lo lees casi sin luz, como los poemas de Rimbaud para los uruguayos.

—No mezcles las cosas —dijo Badana.

—No mezclo. Yo leí ese libro varias veces y siempre en la misma postura. En la cama, con las sábanas deshechas, vestido con un pijama azul claro, rodeado de colillas ajenas. Luego volví a leerlo otra vez, años más tarde, y la emoción fue mayor.

—Mayor si cabe —dijo Badana, que se reía cuando imitaba los lugares comunes. Cultivaba esa broma con convicción: todo había que confrontarlo con el tópico para que adquiriera luz. Por ejemplo, un día inventó una nueva

manera de hacer metáforas. Dijo: «Sería maravilloso poder decir: “Tenía el aire del aire”; “su cabeza de piedra parecía una cabeza de piedra”. Cosas así».

—Eso ya lo inventó Edgar Morin, así que vas dada —le dijo Julio, y ella puso la cara habitual de la decepción, que convertía su boca en una línea inapreciable, una especie de raya del horizonte. Luego volvía a la normalidad, pero se quedaba en silencio, como si el desencanto le hubiera suspendido el habla.

—Así que lo de la luz de la vela me vino de nuevo como una obsesión, como una nueva nota desprendida del *Bolero* de Ravel, parte del *Adagio* de Albinoni, alguno de los múltiples conciertos de Vivaldi. Esa frase la escribí yo en un papel de estraza en el mostrador de una tienda de Castilla una tarde en que el sol caía como el plomo sobre una cara dormida. Horas más tarde tuve que hacer un viaje porque mi madre se iba a morir. Se murió y ahí empezó todo a irse al carajo.

—Nunca me habías contado esa historia —dijo Badana mientras yo me quitaba la arena de los zapatos y Julio seguía mirando cómo el mar parecía iluminado por la luz de una vela.

—He tardado siete años en saber que fue así, y ahora me ha salido. Yo creo que ha sido el ruido de la noche. Pasé aquellas noches de insomnio leyendo libros de Lewis Carroll.

—Siempre me pasa lo mismo —dijo Julio, que ya había hecho mil círculos de arena con el pie mientras contaba el ir y venir de las olas—. Cada vez que ocurre una tragedia, siempre que quiero desviarme de lo que pasa, me leo un libro de Lewis Carroll.

—No sabía que tuvieras también esa afición —le dije.

—Me viene de los tigres, del libro de los tigres, y de una vez que estuve en Llandudno, la tierra de Carroll. Un sitio lleno de ardillas, un lugar rodeado de mar blanco, y un monumento ridículo a los fantasmas de Alicia. Recuerdo de aquel sitio mucho más que tú de Cannes: recuerdo una casa entera y una estatua.

—Me encantan las estatuas —dijo Badana—. Viviría toda mi vida tocando una estatua.

—Ya lo ves: no haces otra cosa que tocar estatuas cuando llegas a las ciudades. A la Cibeles la tienes bien sobada —le dije, sonriendo.

—Eso es imposible, porque la Cibeles está rodeada de agua por todas partes, como una isla.

—Como una isla.

La palabra era un talismán. Más bien un tabú. Te juro que viviré toda mi vida sin volver a escribir la palabra isla, le dije una vez, en Madrid, sentados los dos en la plaza de Alonso Martínez, muy cerca del día en que compramos el libro de Rimbaud. Pero incumplí inmediatamente la promesa, por lo mismo que ella dijo entonces:

—No se puede vivir en el mundo sin escribir alguna vez la palabra isla.

—Tenías razón, no se puede vivir en el mundo sin escribir alguna vez la palabra isla —le dije después de la anécdota de la Cibeles.

Cannes de noche. Ya he dicho que no recuerdo nada, sino acaso la esquina de una casa y una ventana, pero que en aquel espectáculo de mar hubo alguna metáfora del pasado que nos hizo creernos seres eternos a los que jamás vencería el sueño. Nuestra indolencia tuvo algo que ver.

Julio lo dijo, mientras cerraba el libro de Rimbaud que le habíamos leído a los uruguayos.

—Hay como una atmósfera de que esto está pasando en alguna parte al mismo tiempo.

—Es que no somos uno solo, así que donde hay tres siempre hay una historia repetida —le dije, confiando en el silencio de Badana, que salió de su asiento, me miró con su boca transformada en una línea del horizonte, con el pelo completamente mojado, y me gritó:

—Has visto qué chorrada ha dicho este poeta de mierda.

Yo seguí sentado, riendo, pero supe que el insulto venía de muy hondo:

—Badana —le dije—, me dices las cosas más tremendas esta noche.

—Te digo, por ejemplo, el cielo está estrellado.

—Cuando te pones a recordar a Neruda eres pesadísima, como la losa que impide que los poetas de Westminster salgan a pasear de noche.

—Yo soy una losa hablando, tú eres una losa escribiendo. Somos de losa, ¿no lo sabías?

—Yo creo que los dos son de losa sanitaria, si me permiten.

Julio era también así, quieto y mirón como la estatua de un búho, pero a veces salía de su letargo y decía cosas como ésa. Con las manos largas, huesudas, las manos de viejo que le descubrí en un molino de Segovia antes de que se decidiera a hacer nuestro viaje, tocó el pelo de Badana y le dijo:

—Pero tu pelo no es de losa, te lo juro.

Rieron los dos y yo me sumé. Reímos todos, y quizá la risa nos dio sueño. Siempre la risa da sueño, comentó

Badana, y quedamos callados como si nos fuéramos a dormir.

Ella siempre interrumpía, así que interrumpió y dijo como si acabara de llegar:

—Qué bello es el mar cuando te acabas de reír.

Salimos a caminar por la playa y Julio dijo, siempre taciturno:

—Me tomaría una cerveza helada.

Habían cerrado todos los bares de Cannes y sólo había en la calle un grupo de brasileños que reían sin sueño como si estuvieran en la cubierta de un barco mascando toneladas de chicle francés.

—Cómo hablan esos brasileños. Se creen que todavía están en el barco. Les van a echar de Cannes —dije yo.

—Jamás se supo que echaran gente de Cannes por reírse como si estuvieran en la cubierta de un barco; además, están en la playa y el sonido del mar amortigua los gritos —les excusó Julio, que era un experto en los efectos de los ruidos del mar.

Era la hora más peligrosa. Los tres guardábamos tras las risas la verdadera aventura que nos había reunido, y ninguno era capaz de romper la monotonía suave de la noche con la punta de una confidencia, así que caminamos por Cannes en busca de un bar abierto, y lo hallamos. Lo encontró Julio, en realidad, y entró en él por varias razones. Una la había dicho ya, y era que necesitaba beber cerveza fría con toda urgencia, como si se quisiera comunicar con el lúpulo, escapar del silencio sumergiéndose en un tonel de cerveza helada.

Su casa del mar era la casa de un mitómano de la cerveza. Todo estaba montado en torno del rito que im-

pone la cerveza. Los cuadros, las lámparas, los libros, todo residía en el soporte diverso de la cerveza: latas, cajas, botellas de todos los tamaños. La luz de la cerveza estaba en aquella casa. La vida proviene de la cerveza, solía decir, así que cuando se sentía solo, seco, mal acompañado o nostálgico buscaba la cerveza más fría del mundo.

Y la hallaba. Era muy persistente con sus obsesiones, y en realidad estaba con nosotros en Cannes persiguiendo su principal manía. Le habían dicho que en Cannes el mar parecía iluminado por velas pequeñas. Fotografiarlo de día, además, era la redundancia que él buscaba: tan quieto, tan exactamente quieto, el mar parecía en sí mismo una foto del mar, y a él sólo le quedaba disparar.

—Disparar y ya está, creen que es disparar y ya está. No tienen ni puta idea.

Era un maestro bebedor de cerveza. Sorbos largos, que le permitían dejar en su garganta algún mensaje lejano del lúpulo, de los ingredientes de la cerveza y del agua. La sed que padecía tenía mucho que ver con su historia. Un día le dijeron —lo contó otra noche, en la casa del mar, ya de madrugada, en medio de un golpe de tos— que podía ser diabético, y desde entonces se bebió toda el agua del mundo.

—El agua es muy buena para la piel y para la diabetes.

Pero el agua le aburría, y creyó que lo que más se aproximaba a ese líquido vegetal y exacto era la cerveza, y la ingería en cantidades enormes. Siempre nos enseñaba su estómago escuálido, y parecía ser un maniquí anunciando cerveza cuando se volvía a nosotros, después de hacer su exhibición, para ilustrarnos sobre el poder que tenía para eliminar el líquido:

—La meo toda. ¿Ves? No queda nada en el estómago.

En efecto, era un personaje muy bien dispuesto de vejiga, porque meaba en todas partes. Le recuerdo en Londres meando en las cabinas telefónicas de los barrios céntricos. Un día salió muy triunfal de una cabina rodeadísima de Charing Cross, donde habíamos ido a comprar fotómetros.

—He meado ahí dentro, y con el gentío que hay.

Ésa era la parte visible de su vida, acaso, aquella que le conectaba a la cerveza, la que le sumergía en los bares del muelle y en los restaurantes de la playa. Simulaba estar en todas partes, y luego se quedaba solo, en una habitación en la que únicamente cabía él, rodeado de cajas de cerveza, donde guardaba los libros.

Me contó cómo dormía, una noche, en Madrid, cuando ya estaba completamente borracho y conducía un coche minúsculo que daba saltos por la calle Zurbano, donde vivió algún tiempo con su tía, la que mejor le describió.

—Duermo muy mal, como un saltamontes. Pero es muy placentero dormir mal cuando estás solo. Enciendes la luz, tomas de nuevo el libro, y así me he leído todo Conrad. Conrad es para mí la realidad y el insomnio.

La descripción de su tía es obsoleta, pero aún puede valer. Decía de Julio que era su personaje porque siempre le permitió la monotonía a la que son tan propensas las tías. En todas las etapas de su vida le permitió igual comentario. Cuando nació lo predijo:

—¡Ha nacido varón! —le dijeron.

El pobre, exclamó ella, con una sonrisa insular, ladeada y breve.

Cuando terminó el bachillerato, le fueron con la misma historia y ella fue igual de explícita en su aprecio. Julio acabó el bachillerato, escuchó.

—El pobre —dijo, y se refugió en la resignación propia de la abuela prematura en que la convertía la edad de los otros.

Y cuando acabó la carrera le dijeron lo mismo:

—Que Julio ya acabó la carrera.

—¡El pobre!

Por eso aquel día, cuando me contó cómo vencía su insomnio de bebedor de cerveza, le grité en medio de una tarascada de aquel coche infernal con el que íbamos por Zurbano:

—¡El pobre!

Él se echó a reír y me preguntó adónde quería ir.

—Yo no voy, yo no sigo, yo me voy.

—Pues te quedas aquí mismo.

Y allí me dejó, en la esquina de Martínez Campos, lo recuerdo muy bien.

Días después me explicaría el exabrupto.

—Te pasaste con aquella chica, estuviste grosero, maleducado, cabrón, insoportable, y encima no querías seguir conmigo aquella maldita noche, así que te dejé atascado en medio de la calle. ¿Dónde te dejé, por cierto?

La borrachera de cerveza —yo mismo lo comprobé meses más tarde, cuando me marché de Madrid y desconocía a qué lugar del mundo me llevaba aquella ventolera— era pesada pero simpática. No perdías del todo el control y te envolvías en una atmósfera falsa, de ensueño, de la que despertabas al día siguiente con igual sensación de letargo. Creaba adicción, por eso la dejé tan pronto, y

además porque Badana la odiaba y yo no podía ir por el mundo imponiéndole una bebida. Años más tarde no le pude imponer ni siquiera mi presencia, pero eso forma parte de la historia y todavía no ha de ser contada.

Yo no había hecho nada con nadie aquella noche en que Julio decidió indignarse porque yo había tenido un comportamiento perverso con una chica. Simplemente bailé con ella y le dije algunas bromas:

—¿Es cierto que te llamas Mónica? —le dije a la chica.

Y la chica me contestó muy bien, y no pasó absolutamente nada. Se lo juré a Julio pero yo creo que a él le perturbaba que la noche, que él elegía siempre para rellenar el mundo de palabras —«es lo único que me queda, no ves que es lo único que me queda»—, fuera interrumpida por una presencia que impidiera el curso normal de la oscuridad, la norma de las conversaciones a las que él me conducía: fotografías, Conrad, *Rayuela*. Lo que se saliera de esos círculos era perversión, y en justo castigo a esa perversidad me abandonó de madrugada cuando llegamos a Martínez Campos.

Yo no le guardé rencor, pero tuve que caminar medio Madrid para llegar sano a una cama que me habían prestado en el sótano de un pintor, en el barrio de Cuatro Caminos. De ahí no salí en dos días, ni siquiera para enviarle telegramas a Badana.

Hasta que salí y lo hice.

La conocí oyendo *Hair*; la ópera, o la vi de cerca ese día, no recuerdo muy bien, y siento como una alegría que no se puede comparar con nada el olor de sus manos, su pelo —qué bello pelo tienes, cómo me gusta oler tu pelo

cuando vemos la línea del horizonte y oímos esa música— en un apartamento prestado de la playa.

Y siempre le mandaba el mismo telegrama que cuando llevaba muchos días sin verla, sin oírla, sin sentir cerca su pelo, sus ojos grandes y azules, su aliento, el aliento irreplicable, todo el aliento de mi vida.

Decía el telegrama:

«I met a boy called Frank Mills in September around here, but unfortunately I lost his address».

La dependienta de telégrafos me miró perpleja, pero como era por la mañana, yo llevaba una corbata muy exacta y acababa de estrenar la chaqueta de un traje —nunca usé los trajes completos, así que ese día llevaba la chaqueta de un traje—, confió en que aquella clave —en realidad, una de las melodías de *Hair*, en la que una joven se lamenta de haber perdido a un chico que se parecía a George Harrison, de los Beatles, al que había encontrado en Brooklyn o en cualquier otro lugar de Nueva York— fuera una extravagancia leve de un enamorado reciente, contó las palabras y me dejó ir.

Luego supe que el telegrama tardó dos días en llegar, y yo vi a Badana mucho antes, en el aeropuerto de Barcelona, a punto de salir en barco hacia Cannes.

—Recibí tu telegrama, fuerte chorrada. Qué habrá pensado la dependienta de telégrafos.

—Nada, como iba bien trajeado creyó que se trataba del mensaje de un ejecutivo a su firma, antes de irse en viaje de negocios.

Julio no había llegado aún a Barcelona, y le esperamos en la plaza del Rey, rodeado de canarios que a finales de junio recogían la ropa de invierno y aguardaban a que se

aclararan los barcos para regresar a aquellas playas abruptas a las que volvían como hormigas en busca del claustro del azúcar.

Aquella fue la primera noche en que vi llorar a Badana. La culpa fue de Julio, tan cruel. La vio pensativa y le dijo:

—A estas horas no se piensa. A estas horas se bebe cerveza y se deja uno de pendejadas.

No le supo bien, lo tomó a mal, no sabía qué hacer con las manos. Badana no supo qué hacer con las manos mientras lloraba. Era un llanto sordo, sin palabras, un llanto circular, intenso, el llanto más terrible que tengo en mis oídos.

—No lo comprendo, un día tan hermoso, un viaje por delante, la vida entera, el barco, las fotos, esta plaza que parece una cuna, y tú lloras sin decir nada, como si estuvieras en un rincón de un colegio.

—Tú qué sabes —fue todo lo que me dijo, y yo me quedé callado mirando piar las palomas.

Siempre me pasaba. Las situaciones límite, las horas dolorosas, el momento final de las cosas, el corte del aire me dejaban sin habla, sin argumentos. Pues es verdad, yo qué sé, le dije, y eché a andar por la plaza, un paseo circular, como su llanto, desmemoriado, un llanto sin sonido que subiera a las montañas y bajara como el eco de un espejo.

—Lloras como si lo recordaras todo —le dije—. Y lo peor es que yo no puedo llorar. Yo creo que me fui al carajo por eso, Julio, porque jamás fui capaz ni de una lágrima.

—Eso lo he notado. Tomabas café como un loco, tomabas café durante toda la mañana, pero tenías los ojos

secos, como si hubieras nacido, los ojos secos de un vegetal.

—Yo creo que por eso me he ido al carajo.

—Y aquél era el entierro de tu madre. ¿Cuándo coño vas a llorar si ni siquiera lloras en el entierro de tu madre?

Julio era despiadado, y por eso Badana se echó a llorar aquella tarde. Muy tierno, muy solícito, pero era despiadado con las palabras. Las usaba como la punta de una piedra negra hallada en el fondo de un mar implacable. Era capaz de romper el equilibrio de un día con un adjetivo mal puesto, y a mí la verdad tampoco me gustaba que me hablara así del pasado, como si lo subrayara, como si fuera el extremo de un estropajo usado por otros, cinta adhesiva, un objeto de escritorio con el que pisas los papeles para que no se vuelen cuando vives cerca del mar.

—Eres despiadado. Si no te conociera, esas cosas me harían mucho daño.

—Qué van a hacerte daño. Te hacen bien. ¿No ves que han pasado ya siete años y sigues hablando como el personaje de Vargas Llosa?

—¿Qué personaje de Vargas Llosa?

—Zavalita, el que hablaba del día en que se jodió el Perú.

—No lo leí jamás, como no tengo insomnio.

—Te convendría tener un poco de insomnio, para que aprendas a leer literatura.

—Pues con Badana te pasaste. Yo me pasé aquel día con Mónica, lo puedo entender, pero tú te has pasado con Badana cantidad.

—Hablas como Badana. ¿Quién era Mónica?

—La rubia con la que bailé la noche de tu cabreo. Te dio rabia y me echaste del coche en la esquina de Zurbano. ¿Ya te olvidaste?

—Ahora que me lo dices, sí me acuerdo. ¿Y en qué me pasé yo con Badana?

—Le dijiste que no pensara, y eso es un insulto para cualquiera.

—No seas idiota. Ella jamás hubiera llorado por una cosa así.

—¿Y entonces por qué lloraba?

—No tienes ni idea. No tienes ni idea de nada. Hubo un tiempo en que las pescabas al vuelo, pero ahora no te enteras de nada. Tienes la sensibilidad metida en el fotómetro.

El tiempo es así. Se mezcla en la cabeza como el alcohol, y da vueltas, gira vertiginosamente, como una película, como la risa del final de una excursión. Y ahora en mi cabeza está el tiempo absolutamente mezclado. Badana ve volar las palomas, yo la miro ver volar las palomas y en este instante no llora. Ha dejado de llorar, sonrío incluso, camina por la plaza del Rey con un bolso enorme en el que ha guardado *El ruiseñor y la rosa* y unos poemas de Neruda que me encontró al final de las Ramblas de Barcelona. Me mira y se echa a reír. Yo no entiendo nada. Julio estira las piernas y pide otro cortado.

—¿Cómo puedes pedir un café cortado?

—¿Que tiene de malo?

—Todo. Tiene todo de malo pedir un café cortado. ¿Por qué has de pedir un café cortado? No tomas ni leche ni café.

—Me gusta esa ambigüedad que tiene el color del cortado. No sabes qué domina. ¿Te conté la foto que una vez le hice a una taza de café?

—Sí, me lo contaste: superpusiste el café a la foto de una refinería y al final creíste que habías hecho una alegoría del estrés. Debías ser muy joven para llegar a creer que aquello fue un hallazgo.

—Pues se publicó.

—Yo también publiqué todos mis poemas, para cubrir huecos. En los suplementos literarios de provincias siempre se hizo hueco para los poemas malos. Así que tu foto era como un poema mío.

Badana llevaba aquel día una falda negra, muy abierta, ligera. Tenía el aire de una dama de Flaubert que hubiera venido a hacernos una visita desde ultratumba, con toda la belleza que se les supone a las mujeres que regresan de un largo letargo. Tenía ese día los labios tristes porque había estado llorando, pero aquella falda negra y amplísima le daba un aire etéreo, un aire aéreo, que diría ella. Y la deseé pacientemente.

La deseé, claro, pero eso no era extraño. En aquella época, mucho antes de comenzar aquel viaje a Oslo, yo tenía el deseo a flor de piel, una especie de enamoramiento perpetuo que se manifestaba, según Julio, por culpa de las vitaminas.

—Tomas vitaminas, tomas marihuana, estás absolutamente todo el día disponiéndote para que cualquiera con faldas te tienta.

—Exageras. Éste es un caso distinto. Cuando la oigo por teléfono, cuando la veo caminar, cuando pienso en ella. Éste es un caso distinto.

—Eso decimos siempre, hasta que deja de ser un caso distinto y entonces se produce un letargo. Pasa en las novelas, también pasa en las novelas. Un personaje aparece fulgurante, como si hubiera tomado guaraná, y luego decae, se mete dentro de la novela, se arropa en ella y se pierde. Es un paisaje que ya no te interesa nada.

—Eso pasa en las novelas malas.

—Y en las buenas. Las novelas son como las casas, que hay habitaciones en las que pasas más tiempo, pero no significa que desprecias las habitaciones restantes.

—¿Y tú en qué habitación te detienes más?

—Donde los personajes sueñan. Yo me detengo donde los personajes sueñan, es decir, donde yo tengo la posibilidad de entrometerme.

Julio había llegado a Barcelona con el pelo agitado, cosa rara. Solía ser pulcro, educado, un muchacho bien nacido que hubiera vivido siempre en las orillas, moreno y atildado. Él decía siempre que la suya era la zona de las orillas, y de hecho regresaba de un viaje fantástico que le había llevado a varias orillas del mundo.

—Ilustro un libro sobre las orillas —me dijo.

—¿Y quién escribe el texto?

—Lo podrías escribir tú. Nadie podría escribir mejor un texto sobre las orillas que tú, que siempre estás a punto de caerte.

Había abandonado, me dijo, ya no podía más. Con el pelo agitado, pero aparentemente tranquilo, vestido con una camisa verde de punto, levemente moreno, como si hubiera venido en la ventanilla del avión, Julio contó su huida como si la hubiera protagonizado otro.